

FELIX SAN MARTIN

(Miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia)

EL PASO DE LA VILLARRICA

ILUSTRACIONES DE
INDALECIO PEREYRA



BUENOS AIRES

1940

Nota a esta edición:

Incluimos aquí la extensa carta que el entonces Teniente Coronel Perón dirigiera en 1937 a Don Félix San Martín, desde Santiago de Chile, donde se desempeñaba como Agregado Militar en respuesta a un requerimiento de este último. En ella Perón, ya ejercitado en el oficio de historiador, revela la acuciosa búsqueda en la que se empeñó, su espíritu crítico, a la vez que el profundo conocimiento de la zona en examen, cuyo antecedente indiscutible es la Memoria Geográfica Sintética del Territorio Nacional del Neuquén (1934). La carta mencionada la incluyó Felix San Martín en el último capítulo de su libro “El Paso de la Villarrica”, Buenos Aires, segura edición del autor, de 1940, y tiraje de 510 ejemplares impresos por Sebastián de Amorrortu con la dirección técnica de Anzilotti. Utilizamos el ejemplar número 37.

Este trabajo forma parte del Proyecto Perón, ideado y dirigido por Domingo Arcomano, que tiene como meta la difusión a escala mundial de la obra de Juan Domingo Perón. Los trabajos digitalizados serán donados al Proyecto Trapalanda, de la Biblioteca Nacional Argentina y a las bibliotecas virtuales Gutenberg y Miguel de Cervantes.

Felix San Martin

(Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia)

El paso
de la Villarica

Buenos Aires

1940

EL PASO DE LA VILLARICA ES EL QUE ACTUALMENTE SE LLAMA MAMUIL- MALAL CON SU BIFURCACIÓN PAIMUN.

Antes de explicar de cómo hemos llegado a la individualización del célebre Paso objeto de este estudio, diremos en qué circunstancia se nos planteó este problema histórico-geográfico y de la porfiada búsqueda de antecedentes para resolverlo.

Fue en 1918, cuando escribíamos nuestro libro "Neuquén", que investigando la acción de los conquistadores españoles de Chile a este lado de la cordillera, dimos en las referencias de los cronistas a este boquete por donde decían que varios célebres caudillos de aquella epopeya habían cruzado los Andes por motivos diversos. Conocedores de una gran extensión de esa cadena andina, notamos que ninguno de los numerosos boquetes que a lo largo de la frontera del Neuquén existen, llevaba actualmente, ni en las cartas chilenas, ni en las nuestras, ni en la nomenclatura popular, que suele diferir de la oficial, aquel nombre. Pero como el hecho había existido, ya que de él quedaban constancias históricas, nos propusimos individualizarlo entre los tantos «pasos», «puertos», o «boquetes» que ponen a nuestro territorio del Neuquén en comunicación con Chile. Y desde entonces comenzó nuestra porfía, que a medida que se le presentaban dificultades, íbase intensificando hasta llegar a ser como una obsesión. Así se explica que hayamos perseverado en el propósito durante veinte años, al cabo de los cuales, cuando ya desesperábamos del éxito, conseguimos el documento irrefutable en qué apoyar nuestra sospecha, pues debe suponerse que dado el conocimiento que de esta región tenemos, habíamos llegado por eliminación, a ubicar el misterioso boquete, basándonos, como lo hemos dicho más arriba, en la técnica de los indios para trazar sus caminos, que necesariamente debieron usar los conquistadores. Pero nos faltaba la comprobación histórica, el documento en qué apoyar nuestra tesis. Con dolor veíamos perdidos nuestros afanes, la compulsión anhelante de cronistas e historiadores antiguos y modernos. Los primeros citaban unánimemente y sin reparos al Paso de la Villarrica, o por la Villarrica, como la ruta de «entradas» y expediciones de indudable importancia, en el primer siglo de la conquista de Chile, a la zona fronteriza, y aun más al interior, de lo que es hoy nuestro territorio del Neuquén. Los modernos se lamentaban de que se hubiera perdido para la historia la ubicación de ese "paso"; y algunos llegaban a suponer, como en el caso del famoso de *Vuriloche*, que la invasión de la selva había borrado el célebre camino. Y si alguno intentó ubicarlo, era con un notable error. Estábamos convencidos que la incógnita se escondía entre los boquetes existentes desde el 39° al 40° de latitud sur, dado el emplazamiento de la Villarrica y la referencia a los lugares por donde trajinaron los conquistadores. En la copiosa bibliografía histórica chilena no encontrábamos nada preciso, y si algunas lamentaciones de la pérdida de tan importante ruta. Tales don Benjamín Vicuña Mackenna en su obra "Patagonia", publicada en 1880, el doctor Francisco Fonk en sus "Viajes del P. Menendes", por no citar sino a los más calificados. En cuanto a la nuestra, un silencio absoluto al respecto.

Ya casi desalentados ante la inutilidad de nuestra investigación, acudimos

a algunos amigos a quienes sabíamos capaces de colaborar en nuestro afán. Entre ellos, el teniente coronel Juan Perón, entonces agregado militar a la legación argentina en Santiago de Chile. Por considerar de mucho valor su aporte a la solución de este problema, como que no hizo sino confirmar en parte la conclusión a que habíamos llegado en nuestra investigación, vamos a transcribir a la letra su respuesta a nuestro requerimiento. Por lo demás, también cumplimos así con un deber de gratitud para el distinguido jefe de nuestro ejército, que no obstante sus ocupaciones profesionales, atendió de manera que nos obliga nuestra demanda.

«Santiago de Chile, 19 de diciembre de 1937.
«Señor Félix San Martín

«Junín de los Andes.
«Mi muy querido amigo Dn. Félix:

La crónica colonial de Chile es quizá una de las más abundantes y extensas entre sus congéneres. Los historiadores más amplios y fundamentales de tiempos de la Colonia en Chile podríamos decir que son: el abate Molina, Fray Diego de Rosales, el P. Ovalle, Gregorio Marmolejo, Carballo Goyeneche, Córdoba Figueroa, Olivares, Pineda Bascuñán, Pérez García, Gómez Vidaurre, y los fragmentarios, pero no menos documentados e informados, entre los cuales se podrían citar con frecuencia a Suárez de Figueroa, Tibaldo de Toledo, Caro de Torres, Villarroel, Bueno, Tesillo, Marino de Lovera, Fray Juan de Jesús María, Quiroga Rojas, Gonzales de Agüero, etc.

Por varias de estas obras he pasado, deseando responder a su pregunta tan simple y sencilla, pero que se me escurría para aclararla con precisión. La mayoría de estos Historiadores coloniales son algo desordenados y sin índice. Muchos son los que citan el pretendido Paso de la Villarrica, pero ninguno encontré que lo ubicara con precisión. Vale decir que me vi frente a la misma dificultad con que Ud., viejo investigador, se encontró. También examiné la cartografía Hispano Colonial de Dn. José Toribio Medina y el Atlas de Cano y Olmedilla en ella inserto, sin encontrar el Paso. Otro tanto hice con los Atlas de la Historia de Dn. Claudio Gay. Pero ya verá cómo encontré después la aclaración...

Los estudios sobre los araucanos y demás aborígenes están en Chile muy adelantados. Se le puede dar el primer lugar a la cabeza de estos escritores a Dn. Tomás Guevara, figurando después en primera línea el insigne Medina, Latchan, Pérez, el P. de Augusto y Oyarzún. Dn. Tomás Guevara, que fue Rector del Liceo de Temuco, ha escrito varios libros, todos igualmente valiosos:

Psicología del Pueblo Araucano», «Los araucanos en la guerra de la Independencia», «El Folklore Araucano», y la más interesante y fundamental de todas sus obras, la Historia de la Civilización de la Araucanía», en tres tomos de más de 400 páginas cada uno, obra en la actualidad agotada. En la pagina 14 del Primer Tomo se ubica con más o menos precisión, el Paso de Villarrica, cuyo párrafo copio íntegro: «Entre los ríos Allipen y Trancura que nace al pié del volcán Quetropillan, los pasos de mayor importancia son: el de Pulmarí, llamado también del Llaima o Caren, por el camino del Fortín Antiguo 1580 metros; el de Reigolil como a 15 kilómetros al sur del anterior, por los ríos Trancura y Reigolil, hasta el norte; el Maichi, a 7 kilómetros del Reigolil por el mismo río Trancura; *el Villarrica u Trancura como a 17 kilómetros del anterior, por los caminos del sur del Lago y sur del volcán Villarrica.*»

»Más adelante, en la página 15 dice: «El Villarrica permanece *abierto así mismo todo el año* y da salida a Junín de los Andes por el Norte y Sur del Volcán Lanín.»¹

En las cartas de esta obra, no figura el Paso Tromen o Mamuil-Malal, que actualmente conocemos, sino que a la altura del Volcán Lanín, existe una leyenda que dice «Paso de Trancura», como sí, consecuentemente con el texto quisiera indicarse que el Paso mismo (cruce de la cumbre) se llamara Trancura, mientras que a la línea general del camino es a la que se denominaba con el nombre de Paso de Villarrica. He recalcado el valor de la personalidad de Guevara, que usted ya conocerá sin duda, para dar a su información el valor de su autoridad.

Ahora bien, para aclarar, le adjunto un mapa de esta región de Chile como actualmente se la conoce, en el que he agregado a lápiz las designaciones correspondientes a Guevara en la obra que menciono. Considere entonces el terreno tal cual está: lo escrito a lápiz es lo antiguo adaptado al mapa moderno, tal cual lo da Guevara en su obra. Lo que figura a tinta (es decir impreso) es lo que los chilenos conocen y consideran como real. Tendrá así usted los elementos de necesarios para llegar a una conclusión abonada por sus grandes conocimientos de la región y las investigaciones que usted ha realizado.

No sé si mi empeño habrá sido útil, pero por lo menos puede, mi querido

¹ Parecería que el distinguido escritor chileno no conociera bien este sector de los Andes Desde el Paso del *Llaima* al volcán *Lanín*, en vez de los 40 kilómetros de su cuenta hay algo más de cien; y no solo se come los pasos de *Coloco*, *Rilul* los dos *Añihueraqui* (A y B), sino que de dos pasos distintos, el Santa María de *Llaima* y el *Caren* hace uno solo- .No hay tal paso *Pulmarí*, a no ser que le atribuya este nombre al *Reigolil* - 1050 metros - porque a el se llega remontando el curso del río *Pulmarí*. Es este Paso *Reigolil* (peñasco carcomido) el más bajo de todo el sector y con el de *Llaima* los únicos que suelen dar paso cuando el invierno no es muy nevador. Esto, sin otros errores acerca del curso de los ríos que cita.

don Félix, tener la persuasión absoluta de que he querido serle útil de la mejor manera y con mi más grande cariño.

Y en una acotación a un esquioc de la zona, el distinguido Jefe amigo nos da su opinión en forma categórica acerca del punto que venimos estudiando, opinión que coincidía con la nuestra, y que, como veremos, era la buena. Dice así: «En la actualidad sólo existen dos caminos que, desde Pucón conducen a Junín, siguiendo el Río Trancura y el Puesco, para alcanzar el Paso Tromen (el Mamuil-Malal) por el Norte del Volcán Lanín y el de Paimún o Trancura inmediatamente al Sur de dicho volcán.

Puedo asegurar que lo antiguamente denominado *Paso Villarrica*, no representaba (como digo en mi carta) lo que hoy llamamos «paso» o «boquete», sino una línea general o camino por el cual se cruzaba la cordillera desde un punto de Chile a otro de la Argentina. El *Paso Villarrica*, es en mi concepto, según la bibliografía consultada, el camino que desde Villarrica conducía a Junín de los Andes, por el Norte o Sud del Volcán Lanín (Paso Tromen, o Paso Trancura o Paimún).»

La valiosa información de nuestro diligente amigo, el teniente coronel Juan Perón, coincidiendo en lo principal con la conclusión a que habíamos llegado en nuestra investigación, no nos trajo el documento que con tanto afán buscábamos, no sólo para confirmar nuestra opinión sino para la demostración histórica evidente. Si bien en *los* datos que aporta Guevara se fijaba el volcán *Lanín* como punto de la ubicación del Paso de la Villarrica, no vienen ellos abonados por la cita de la fuente histórica necesaria para una información. El ilustre araucanista chileno no nace otra cosa, con algunos errores de detalles, que opinar como nosotros. Con el teniente coronel Perón nos ocurría más o menos lo mismo. Pero algo habíamos avanzado en nuestra porfía, ya que dos estudiosos calificados estaban con nosotros.

En medio del naufragio de aquella búsqueda, quedábamos una última esperanza: la consulta directa de la obra de fray Diego de Rosales, «Historia General del Reyno de Chile». Sabíamos por mención de varios autores que el ilustre jesuíta había andado en 1655 por la misteriosa ruta transcorderana de la Villarrica. Era posible que en su obra se refiera a su «viaje a tierras de los puelches», dando algún detalle del camino, que por insignificante que fuera, unido a nuestro conocimiento de la región, pudiera aclararnos la incógnita. Y nos echamos tras la obra del P. Rosales. Lejos de las grandes bibliotecas públicas donde pudiéramos acudir en su busca, como que realizábamos la investigación a pocos kilómetros del Paso que suponíamos fuera el que buscábamos, pedimos a algunos amigos que nos lucieran la diligencia de examinar esa obra dirigidos desde aquí por nosotros. Todo fue inútil.

Y así pasaron otros dos años, hasta que un buen día se nos ocurre pensar que nuestro distinguido amigo, Armando Braun Menéndez, historiador laureado de la Patagonia, que por chileno y hombre de letras pudiera ser uno de los felices poseedores de ese tesoro que es la obra del P. Rosales. Pensarlo y escribirle unas líneas haciéndole la pregunta fue una misma cosa. No sólo nuestro amigo tenía la obra, sino que generosamente la ponía a nuestra disposición. Quince días después, con ansia incontenible, nos engolfábamos en su lectura. Y, como lo presentíamos, encontramos en ella la comprobación histórica incontrovertible que hacía veinte años buscábamos.

Se preguntará el lector cómo es que existiendo ese documento no se había establecido en los sesenta y dos años corridos desde su publicación la ubicación del famoso Paso. Porque los escasos lectores que la obra había tenido no conocían el terreno, los mil vericuetos de estas montañas, sin lo cual era imposible dar con la solución. Don Tomás Guevara, por lo que se ve, debió leer la obra del P. Rosales, ya que acertó con el dato infalible —el volcán Lanín— para indicar dónde estaba el Paso; pero con notable error en su situación geográfica a causa de su desconocimiento de los lugares. He aquí, pues, la cita definitiva:

Hacia la parte del Sur (refiérese al volcán Villarrica) tiene una quebrada que atraviesa todos los montes y altísimas sierras de la cordillera nevada; corre esta quebrada por espacio de treinta leguas por camino llano, dividiendo aquellos horribles peñascos de cuyas entrañas salen a cada passo cristalinas fuentes, y en traspasando una moderada cuchilla se halla uno en la otra banda de la cordillera, en las pampas que van a Córdoba y Buenos Aires, siendo éste el mejor camino que se halla en Chile para pasar la cordillera, por ser llano sin ríos caudalosos ni rápidos y sin las peligrosas laderas, caminos angostos y despeñaderos de los demás caminos, y libre de los fríos y penetrantes hielos de las altísimas serranías que por ellas se pasan, con peligro de helarse los hombres, como cada día se hielan. Yo he pasado los unos y los otros caminos de la cordillera, y este de la Villarrica me pareció camino de flores: por él se comunican los vecinos de la Villa con los indios peguenches y puelches, que también les encomendó Valdivia, y los trahian de mita a trabajar en sus labores por medio de sus maiordomos, y como gente simple, humilde y sin malicia, acudían a quanto les mandaban con obediencia ciega.¹

¹ P. Diego de Rosales, obra citada, tomo I, pagina 468.

La descripción de este camino coincide con el que actualmente une a la Villarrica con nosotros, vale decir, con “las pampas que van a Córdoba y Buenos Aires” por Junín de los Andes, cruzando la cordillera por el Paso de Mamuil-Malal, mal llamado hoy Tromen, o por el de Paimún, el Trancura de don Tomas Guevara. Esa gran abra a que se refiere el P. Rosales, que corre hacia el Sur entre el macizo central de los Andes y el sistema del Villarrica, es el valle de Trancura, por donde corre el río del mismo nombre, y su continuación el valle de Puesco, con su río correspondiente. La distancia, calculada a ojo por el Jesuíta en treinta leguas desde la Villarrica al Paso, no tiene sino un error de cinco kilómetros. Como decimos, el camino, viniendo de Chile, remonta el curso del río Trancura hasta sus Juntas con el Puesco, al que a su vez sigue aguas arriba hasta sus fuentes (arroyo Mumulluco). Más o menos a mitad del curso de esta pequeña corriente de agua, en un paraje llamado hoy El Arenal, y casi sobre la línea divisoria, el camino se bifurca para cruzar ésta —volcán Lanín al medio— por el Paso de Mamuil-Malal (lado norte del volcán) y por el de Paimún (lado sur). Desde El Arenal, o sea desde el punto en que se bifurca el camino, se divisa una de las lagunas que formaban el «Epulabquen» del P. Rosales, y que hoy es el brazo llamado Paimún del Huechu-Lauquén, nombre que no sabemos desde cuando se le ha dado a «las dos lagunas» de la vieja crónica de la conquista, y por cierto muy mal aplicado. Huechu-Lauquén en araucano significa Punta del Lago, de huechu (punta, extremo) y lauquen (laguna o lago). Que este hermoso lago llámase Epu-Lauquén (epu, dos; lauquen, laguna o lago) hasta la época colonial, y tal vez posteriormente, no cabe duda. Cómo y cuando se produjo el trueque de nombres, no sabríamos decirlo. Pero podría ensayarse una explicación más o menos atendible. Alguien llegó en fecha imprecisa, ya sea del lado chileno, o del nuestro, hasta el lago, y como sus puntos de acceso, tanto de un lado como del otro, son sus cabeceras oeste y este, y no conociendo el nombre del lago, preguntaría a un indio cómo se llamaba el lugar a que había llegado. El indio con toda propiedad, le respondería: Huechu-Lauquén (punta del lago). El supuesto viajero creyó que ese era el nombre del todo; y vuelto a tierras de cristianos divulgó aquella frase como el toponímico del lago. En 1782, el piloto de la Real Armada, don Basilio Villarino y Bermúdez, en ocasión de su famoso viaje con cuatro lanchones remontando los ríos Negro, Limay y Collón-Curá, pretendía alcanzar hasta este lago que él llamaba Huechún-Huechún, que por cierto nada dice en la lengua.

Para completar el contrasentido idiomático de que se ha hecho víctima a esta maravilla de la naturaleza, uno de los brazos del Huechu-Lauquén actual, conserva el viejo nombre de Epu-Lauquén, que aplicado a una unidad es otro disparate lingüístico. El otro brazo, es decir la otra «laguna» del P. Rosales, ya lo hemos dicho, se llama hoy Paimún, que es el nombre de una hierba sentada que da un abrojo parecido al «amor-seco». Navegando esta «laguna», más o menos a

la altura de su parte media, se ve en todo su largo la quebrada de que habla el P. Rosales, con el volcán Villarrica al fondo coronado de su eterno penacho de humo, que semeja la cimera de un titán. Es un paisaje estupendo. En primer plano, como gigantesco guardián del abra que se interna nacía el septentrión, se levanta el Lanín vestido de nieve desde la cumbre hasta un tercio de su altura. En el Horizonte, el Villarrica lanzando al espacio desde sus entrañas, en un jadeo estertóreo, el negro aliento de su abismo. Y cumbres agresivas a todos los rumbos, ora moteadas de nieve, ya desnudas y riscosas, o luciendo en sus faldas todos los tonos del verde de la selva milenaria. Cuando por primera vez cruzamos frente a la boca de esa quebrada, de pie sobre el puente de la embarcación en que navegábamos, suspensa el alma ante la grandiosidad del paisaje, mudos por la emoción, parecíamos que de un momento a otro íbamos a ver aparecer al «fiero conquistador», arcabuz al nombro, la cota reluciente, avizorando la lejanía. Toda la evidencia de la histórica ruta se nos reveló de pronto. Era aquello una calle que flanqueada por montañas se internaba nacía el rumbo de donde podía venir el español que campeaba en Chile, buscando hacia el oriente nuevas aventuras en su gesta heroica.

Desde cualquiera de las dos ramas del camino que venimos describiendo se llegaba al Epulabquen del P. Rosales: la que cruzaba la cumbre por Paimún, caía directamente a la «laguna» que lleva hoy este mismo nombre; y la que venía por Mamuil-Malal, salía al valle por donde corre el arroyo Malleu, que es el desagüe del lago *Tromen*, y echa sus aguas en el río Aluminé. A treinta kilómetros de esta cruzada, rumbo este, torciendo hacia el sud-oeste, se pasa una serrillada para alcanzar el lago en su cabecera oriental, justo donde nace el río Chimehuin, vertedero del «Epulabquen» del P. Rosales, hoy Huechú-Lauquén. Es probable que el conquistador haya usado indistintamente las dos huellas, según fuere el objetivo de su «entrada», pues unas veces las crónicas refieren que «salió al Epulabquen» brazo Paimún) y otras a las tierras de Epulabquen, lo que supondría que la «entrada» fue por el valle del *Malleu* (Paso de Mamuil-Malal), que como se ha dicho queda inmediato al lago. Si llano era el camino que daba acceso al Paso por el otro lado, no lo es menos por el *nuestro*, tanto que, sin que nadie se haya ocupado hasta ahora de labrar la huella, se llega cómodamente en auto hasta cinco kilómetros dentro de territorio chileno.

Un poblador de la zona, don Constantino Enchelmayer, allá por el año 1886, apenas dominado el indio, con el fin de acortar el camino a Chile, abrió una senda que partiendo directamente al oeste a siete Kilómetros del boquete del lado chileno, pasa bordeando la ribera sud del lago Quilleihué, y va a empalmar con la vieja ruta en la Bajada de Puesco. Esta picada acorta en seis leguas el camino antiguo que pasa al pie del volcán *Lanín*, por donde aun se arrea el ganado que se vende para Chile. La senda que hizo abrir el señor Enchelmayer es hasta ahora un camino de herradura con un peligroso desfiladero al borde del lago Quilleihué, que también ha perdido su nombre para recibir el de Esprel, del apellido de Francisco

Sprohule, hombre que por disposición del señor Enchelmayer labró en roca viva aquel sendero. Miembros de la familia del animoso teutón viven aun en la estancia por él fundada a sólo cuatro leguas del Paso de la Villarrica.

Desde hace algunos años, el gobierno chileno viene construyendo una magnífica carretera por esta huella. Sólo faltan para terminarla nueve kilómetros, los más difíciles de allanar, para que la comunicación con Chile cuente con el mejor camino que atraviesa los Andes. Quedaría por dilucidar si los conquistadores llamaron «de la Villarrica» a la ruta que unía a esta población con los pasos que caían al *Epu-Lauquén*, o a éstos. No estamos suficientemente documentados para afirmar ni lo uno ni lo otro, pues del texto de las crónicas no se desprende nada claro en ese sentido. Tanto aluden al Paso como a la ruta bajo la misma nominación. De cualquiera de las doy maneras que haya sido, el hecho es que por allí trajinaron los hombres de hierro que la España del 1500 lanzó a la portentosa aventura del descubrimiento y conquista de un Nuevo Mundo.